

citas y los autores a que alude. Para realizar este trabajo, el profesor Echeverría ha debido recorrer varias bibliotecas de Europa y Estados Unidos, inclusive la biblioteca privada del propio Maine de Biran, que conservan sus herederos en el Château de Grateloup. En esta forma, el editor ha logrado reunir un verdadero tesoro de referencias bibliográficas sobre autores poco conocidos de la época, que hacen de esta edición un instrumento valiosísimo para el estudio de los antecedentes de la filosofía de Maine de Biran y en general del pensamiento francés de este tiempo. Un índice de los nombres citados en el texto y en las notas facilita su manejo.

ROBERTO TORRETTI

HEER, FRIEDRICH. EL MUNDO MEDIEVAL - EUROPA 1100-1350. Traducción de Manuel Sacristán Luzón, Editorial Guadarrama. Madrid, 1963, 505 págs. y 117 ilustraciones.

La obra del distinguido profesor vienés es el tercer volumen que aparece de la Historia de la Cultura que está siendo editada en español por la Editorial Guadarrama. En muchos aspectos éste nos parece el mejor de los tomos hasta ahora publicados. Tiene a su favor el hecho de tratar un tema bastante más acotado que los tomos anteriores que se ocupan del mundo griego y romano en toda su amplitud y complejidad. Además, el libro de Heer, no obstante que goza del encanto y de la liviandad de estilo de las obras de divulgación, está sólidamente estructurado por la tesis del autor, sobre la que convergen todos los capítulos, y que da gran consistencia al trabajo.

En términos generales el historiador austríaco se ocupa de la contraposición entre Alta y Baja Edad Media. Él advierte profundas transformaciones en el paso de un período a otro, lo que lo lleva a contrastarlos como dos mundos o dos Europas distintas: la Europa abierta del siglo XII y comienzos del XIII y la Europa cerrada de los siglos XIV y XV. Uno tras otro van desfilando los capítulos de su obra, diecisiete unidades temáticas, en las que el autor procura verificar su tesis estudiando las diversas manifestaciones de la vida y del espíritu en el mundo medieval. Todas ellas le parecen demostrar la apertura de Europa en el siglo XII y su ulterior cerramiento en los siglos posteriores.

El mundo de contrastes entre ambas épocas Heer lo percibe desde la simplicidad en las formas de vida del castellano, hasta en las más altas especulaciones filosóficas. En el siglo XII la nobleza comparte una sola estancia en el castillo sin que pueda desarrollarse dentro de él una esfera de vida privada. La religión es universal, al igual que la lengua: el latín. La Europa cerrada de los siglos siguientes, por el contrario, es la Europa de las fastuosas mansiones italianas, de los pueblos que buscan su salvación en las lenguas nacionales y de los precursores como Hus y Wiclef que inician la ruptura religiosa.

En el mundo abierto del siglo XII opónense pública y libremente los grandes pensadores, los monjes se interesan por el Corán y el Islam, y, los presos ilustrados, aún sospechosos de herejía, encuentran, sobre todo si son tan distinguidos como Abelardo, buena acogida en los monasterios. Qué distinto le parecen los siglos posteriores en que triunfan los sistemas cerrados y excluyentes, en que un Occam desanida con su nominalismo la idea de "lo universal", entendida como transfondo originario del ser y arraigo de todas las cosas. Siglos en que surge el nicodemismo, arte sutil del disimulo religioso, que respetando cuidadosamente las formas externas de la ortodoxia, va minando la religión por dentro.

En el siglo XII nada se singulariza, la cristiandad se une en la idea de cruzada, las iglesias no se levantan por encima de los edificios, sino que se pierden en la masa de la ciudad. Este siglo goza del espíritu tolerante del Cid y de Federico II, pues se piensa que el hombre no puede creer sino es libremente. La apertura del siglo se consume en la idea que Joaquín de Fiore tiene de la historia universal. En cambio, en los siglos siguientes los papas usan las cruzadas para perseguir a sus enemigos en el continente, termina la tolerancia, y Europa se estrecha y endurece convirtiéndose en un *ghetto* gigantesco en que naciones y confesiones se oponen con hostilidad. En las cortes europeas dejan de escucharse los acentos extraños de los teólogos y sabios islámicos y judíos que se enfrentaban con los cristianos en diálogos teológicos y científicos. En la Universidad, antaño libre, resuenan ahora los cascos del caballo y de las armas de Luis XII, quien quiebra el derecho de huelga y somete a la Universidad de París.

Así continúa su análisis Heer hasta concluir, en el capítulo final, con una contraposición de los mundos artísticos: el románico y el gótico.

La edición castellana incluye una amplia colección de láminas, muy adecuadas para ilustrar la tesis del autor, además de una copiosa bibliografía clasificada de acuerdo a los temas tratados, utilísima para orientar al lector en un trabajo de mayor profundidad.

La obra de Friedrich Heer interesa tanto por la originalidad de su tesis, como por la soltura con que maneja el inmenso material necesario para dar una visión integral del período que le ocupa. Sin embargo, no daríamos al lector una idea satisfactoria de ella sino precisáramos ciertos conceptos u omitiéramos algunas consideraciones críticas. Desde luego, la idea de Europa Medieval que maneja el autor es restringida, pues excluye de ella al mundo ruso, que estima ajeno a la sociedad abierta del siglo XII. Más aún, afirma que la Revolución Rusa de 1917 está terminando de disolver muchas de las manifestaciones de la sociedad abierta que se habían prolongado hasta nuestro siglo. El sentido bergsonianiano que tiene su distinción entre sociedad abierta y cerrada —una connotación positiva y negativa respectivamente— nos hace pensar si acaso no rondará alguna consideración política por la mente del autor. Por otra parte, la forma en que utiliza el concepto de "abierto" induce a equívoco. Con él alude tanto a un mundo pan-europeo, como a lo no individualizado. Su

distinción entre sociedad abierta y cerrada trae a la memoria, aparte de Bergson, las ideas de Tönnies y Von Martin que distinguen entre comunidad y sociedad, conceptos que se aproximan a los que utiliza el profesor de la Universidad de Viena.

Es de lamentar que Heer no ahonde en el estudio de la forma en que se produjo la transición entre los mundos que opone. El libro nos deja la impresión de aquellos dípticos medievales en que se contraponen dos ideas —como el amor sagrado y el amor profano, lo arcangélico y lo demoníaco— pero, en que falta un tercer cuadro que aclare la relación entre ambos. Agréguese a esto, que su idea de que muchas de las manifestaciones del mundo medieval abierto se prolongan hasta el siglo xx, lo hace manejar con demasiada libertad estas categorías, y así, nos encontramos a menudo con ejemplos del siglo xiv ilustrando el mundo abierto del siglo xii.

Para concluir hemos de agregar que no todos los temas de que se ocupa favorecen igualmente su tesis. El estudio del arte, por ejemplo, le es ingrato; y se explica, pues no es posible diferenciar al hilo de sus ideas el románico del gótico, ya que sólo artificialmente podríamos sostener que uno tiene más carácter universal que el otro, o que refleja en mayor grado un sentimiento nacional.

MIGUEL ROJAS MIX

